

Editorial

En nuestro acercamiento a la realidad descubrimos con facilidad ciertas lógicas, ciertos patrones. Entonces experimentamos el mundo como un lugar sensato, ordenado. Y eso nos da paz. Pero también ocurre lo contrario. La experiencia nos enseña que existen saltos lógicos que nos obligan a detener la marcha a fin de pensar mejor. Y he aquí que, a menudo, lo que parecía una contradicción no es más que una paradoja. Podría decirse que la paradoja es una contradicción aparente que se resuelve en el plano de otra lógica: una lógica superior. En otros términos: en la paradoja, la evidente discontinuidad no constituye un quiebre, sino el enlace hacia una continuidad superadora. Se expresa así una verdad profunda, oculta a la mirada superficial. Por eso tiene algo de poesía. Es un mensaje cifrado que requiere una correcta interpretación. Permítasenos transcribir, a modo de ejemplo, unos versos de Charles Péguy.

*Creemos que los niños no saben nada.
Y que los padres y los adultos saben algo.
Pues yo os digo que es al contrario. (Siempre es lo contrario.)
Son los padres, los adultos, los que no saben nada.
Y los niños los que lo saben Todo.
Pues saben la inocencia primera. Que lo es todo.*¹

La fe cristiana ha sido desde siempre fuertemente paradójal. Sin embargo, debe reconocerse que hubo largos períodos en los que la teología, como fascinada por las analogías, pareció olvidar el registro paradójal. Empero, resulta curioso, por no decir paradójal, que la Iglesia anuncie la legitimidad de la analogía de la fe mediante una formulación con aires de paradoja. En efecto, el concilio IV de Letrán sostuvo en 1215 que toda semejanza entre el Creador y la creatura debe ser comprendida en el marco de una desemejanza mayor.²

En última instancia, todas las paradojas —pertenezcan al orden de la creación o de la redención— derivan de Cristo, la paradoja suprema, en quien,

¹ Ch. Péguy, *El misterio de los santos inocentes*, en: Id., *Los tres misterios*, Madrid, Encuentro, 2008, 353.

² “Entre el Creador y la creatura no puede advertirse una semejanza que sea mayor a la desemejanza que entre ellos ha de ser advertida - *Inter creatorem et creaturam non potest similitudo notari quin inter eos maior sit dissimilitudo notanda*” (DH 806).

por quien y para quien el mundo es creado. Él es la Sabiduría loca de Dios, cuya muerte es Vida. La puesta en valor de las paradojas en ámbito cristiano responde a diversas causas, pero una de ellas es el aporte de algunos teólogos afines a nuestra revista, como Henri de Lubac y Romano Guardini, entre otros.

El número empieza con un artículo bíblico de Jean Duchesne sobre las bienaventuranzas de Cristo: propuestas a la vez fascinantes y escandalosas. En segundo lugar, Roberto Carelli estudia las estructuras paradójales de la teología de von Balthasar, seguido por el fraile carmelita Iain Matthew, quien propone algo semejante en relación a la doctrina mística de san Juan de la Cruz.

Desde un ángulo más filosófico, Joséphine Jamet comenta el misterio de la Encarnación a la luz de Kierkegaard, reconocido adalid de las paradojas. Por su parte, Jean de Saint-Cheron explora junto con Bernanos y santa Teresita una de las paradojas más celebres de la espiritualidad contemporánea: la opulencia de las manos vacías, que bien podría resumirse en la expresión “todo es gracia”.

La sección *Perspectivas* ofrece dos contribuciones. La primera es una entrevista que Jean-Robert Armogathe le hace al cardenal Marc Ouellet, en la que ambos conversan sobre los desafíos actuales de la Iglesia. La segunda es una presentación de Karl-Heinz Menke sobre la posibilidad de conocimiento de la verdad en la teología de Joseph Ratzinger, un tema que sigue siendo especialmente relevante en nuestra cultura.